José Antonio
Sáez Fernández

LA POLEMICA DE RAMON SIJE CON EL GRUPO SEVILLANO DE LA REVISTA «NUEVA POESIA». Textos.

A Aurora Cala y Luis José Muñoz
por su inapreciable ayuda.

El año 1935 fue tempestuoso en la vida de Ramón Sijé. Muchas son las causas que provocaron la tormenta: la tirantez en sus relaciones con Miguel Hernández, la frialdad (o incluso el rechazo total) con que un sector bastante amplio de la intelectualidad madrileña había acogido su revista de pensamiento católico «El Gallo Crisis», la urgencia del propio Sijé en acabar su ensayo sobre el romanticismo, «La decadencia de la flauta y el reinado de los fantasmas», con el fin de presentarlo al premio nacional de literatura de este mismo año; la polémica con el grupo sevillano de la revista «Nueva Poesía» y por último, la breve enfermedad que le llevó a la muerte cuando apenas contaba con veintidós años de vida.

Voy a centrarme en este trabajo en la polemica que el escritor oriolano sostuvo con el grupo de poetas que formaron la revista «Nueva poesía» de Sevilla, y voy a hacerlo ciñéndome a la luz de los textos, algunos de los cuales salen ahora, por vez primera, a la superficie. Pedro Pérez Clotet, director de la revista «Isla» de Cádiz, revista, por otra parte, en la que no sólo colaboró Ramón Sijé sino que también lo hicieron en ella otros miembros del grupo de la tahona, como por ejemplo Miguel Hernández o Carlos Fenoll; Pérez Clotet, como digo, se dirigió a Ramón Sijé a través de una encuesta en la que se preguntaba «como entendía la posición de la «nueva literatura» ante el centenario

del romanticismo». La respuesta del ensayista oriolano apareció publicada en la revista «Isla» junto a la de otros grandes escritores de aquellos años como Juan Gil-Albert, Enrique Azcoaga, Rafael de Urbano, etc., etc. y fue la siguiente:

> «En un ensayo que tendrá vida y muerte en «El Gallo Crisis», mi revista de catolicismo positivo, someto el movimiento romántico de creación e historia al tratamiento mortificativo del estilo: el romanticismo como decadencia de la flauta. La flauta liberó al hombre de la selva –y de su representación intelectual: la edad de oro–: en su primer sonido surgió la civilización, la sensibilidad, la naturaleza racional. El romanticismo eternamente le vuelve a la situación crítica: a la agonía de la selva. Porque en la selva hay agonía, y no drama: el drama está en la tierra.
>
> El drama de la humanidad en el romanticismo continúa. Limitemos esta cuestión viva al campo del pensamiento: concretamente, del pensamiento poético moderno. El romanticismo ha conseguido su objeto –a través de un impulso: el XVIII, a través de una pálida orgía: el XIX– en una recaída: en la selva de la conciencia. Cuando la modernidad menos eterna, menos clásica, menos creadora, con una voluntad de veneno y suicidio, con una voluntad de serpiente, derrota –para decirlo con el lenguaje psicológico que emplea cierto crítico e historiador francés de los últimos movimientos poéticos de sub consciencia– la «antigua mecánica de las pasiones y de los caracteres». El acontecimiento más importante de la psicología moderna es, también, el episodio decisivo del romanticismo últimamente actualizado. Se dio el espíritu y el alma a cambio de la pura tiniebla: el caos de la conciencia prehistórica.
>
> Muere el romanticismo aún. Es decir, se manifiesta estérilmente en la «nueva literatura», siempre en crisis de personalidad, en crisis de humanidad y humanidades. La nueva literatura romantica: he aquí el nombre de la nueva literatura. Sometamos a examen, como demostración, un caso literario hispánico: la poesía de amor. Asistimos, en esa manifestación poética del amor, a la destilación platónica de Bécquer: la reducción a la simplicidad, a la simpleza química, el aislamiento, la blanca deshumanización del melancólico Gustavo Adolfo.

En el centenario del romanticismo histórico español –tan teatral: romanticismo a trompeta, romanticismo a progreso– puede conmemorarse el fracaso creador del romanticismo: el cumplimiento de un deseo y de una profecía. Cuando Stendhal –que fue romántico porque romanticismo era el siglo; que no fue romántico porque romanticismo no era estilo– profetizaba la decadencia plebeya de lo romántico, de cierto romanticismo al menos. Cuando deseaba la simple presencia de su obra en el espíritu de nuestro tiempo.

No me interesa el romanticismo reducido a norma y a historia: bastante hago con aportar humanamente sobre mi ser su co-dominación y su furia. Pero, a la «nueva literatura» debe interesarle grandemente ese centenario: porque tiene su motivación radical en el romanticismo. Yo, desgraciadamente, soy joven: mas, no tengo solamente juventud. Huyan los jóvenes auténticos, honrados, dignos, varoniles, sin política, ni secta, ni masonería –esa esclavizante masonería de la inteligencia, nacida en el siglo XVIII, casi con el romanticismo histórico, o prehistórico–, huyan de los consagrados y de los inconsagrables. Huyan, mirándose a sí mismos: sin contemplarse, sin caer en la mística contemplativa del narcisismo. Huya, y griten, mientras sus gritos no se conviertan en pecados. Huyan, griten y silben. Pero, silben con la boca cerrada: jueguen con la flauta del romanticismo.

Nada más. Estas son mis meditaciones sobre los indecisos frutos de nuestro romanticismo literario-político-social. Y como en estos centenarios que este año de desgracia van a celebrarse, con hambre, sequía y miseria espiritual –el cercano de Rivas y su tiempo, el lejano de Lope y su época– se elevará hasta los cielos duros de misericordia la pirotecnia verbalista del elogio no sentido, yo, sinceramente, quiero escapar de la zarabanda. Huiré a encantar la soledad con mi flauta. Porque únicamente el sonido de la flauta –y del estilo– conquista a la personalidad, a la historia, a Dios. Recordadme, hermanos míos: donde la soledad es un presente y un homenaje, una saturación celeste de miel y aceite, en la cumbre de la soledad vivo: lanzando a los espacios solos las misteriosas operaciones musicales de mi flauta. Desolándome: pero, solo.

–Unidad, clava tu dardo en mi corazón». (1)

Como puede comprobarse, es éste uno de los textos más enjundiosos del ensayista oriolano, porque a través de él podemos entender muchas cosas respecto a su pensamiento. Sijé abomina del romanticismo y no comparte los presupuestos de la «nueva literatura», a la que considera una secuela del movimiento romántico. Por eso no podía ver con buenos ojos el acercamiento de la poesía de su amigo Miguel Hernández a la de Aleixandre o Neruda.

Pues bien, el siguiente paso en la polémica, en realidad en donde esta polémica tuvo su origen, es en el comentario que de este número de la revista «Isla» de Cádiz hizo la revista «Nueva Poesía» de Sevilla. El citado comentario, origen de la polémica, es el siguiente:

> «Número animado éste 7-8 de ISLA. Muy interesante –a primera vista– se encuesta sobre el romanticismo. Porque después de leer ese gran acopio de opiniones juveniles, el interés decae si se piensa que se trata de una encuesta 'nada más'. Es decir, de un juego alegre, en el que, a lo sumo, se va a lucir una frase ingeniosa, y en el que –a lo peor– resalta un pistoletazo alocado que corta el aire con todo el atrevimiento de la irresponsabilidad. Y el disparo de cañón lo ha dado Ramón Sijé al decir «Asistimos, en esa manifestación poética del amor, a la destilación platónica de Bécquer; la reducción a la simplicidad, a la simpleza química, el aislamiento, la blanca deshumanización del melancólico Gustavo Adolfo». Aparte que «destilación platónica» es algo así como «bombillas educadas», sería muy discutible –¡y tanto!– el platonismo de Bécquer. Lo que ya no puede discutirse, por ser inadmisible de todo punto, es la deshumanización incolora que advierte Sijé en el poeta de las Rimas. Hace falta no haber leído un solo verso de Bécquer o ser absolutamente irresponsable para juzgar de ese modo. No podemos admitir que Sijé hable de Gustavo Adolfo sin haberle leído.
>
> Creemos que se trata de una opinión lanzada con toda ligereza que caracteriza el juego ingenioso de las encuestas». (2)

(1) «Isla. Hojas de arte y letras», núms. 7-8, Cádiz, 1935.

(2) «Nueva Poesía», núm. 1, Sevilla, octubre, 1935.

La alusión a Sijé por parte de los poetas sevillanos pienso que es injusta y creo que lo que pudo herirles es el matiz de desdén con el que el ensayista de Orihuela se refiere al romanticismo y, en cierta manera, a Bécquer. El grupo de poetas que figuran como editores de «Nueva poesía» son Juan Ruiz Peña, Luís F. Pérez Infante y Francisco Infantes Florido, en la línea de la poesía pura, como veremos. De que las acusaciones hechas por estos poetas hirieron profundamente el ánimo y el orgullo de Sijé da muestra el siguiente artículo que el oriolano publicó en el diario madrileño «El Sol» en donde colaboraba por invitación expresa de Ortega y Gasset, su director:

«Uno practica constantemente la humildad metódica. Pero uno quiere también mantener su prestigio de escritor público (prestigio que se va formando lentamente en una maduración eterna, manchando de sangre el pensamiento, dejándose dolorosamente en las soledades de las meditaciones y en las terribles cárceles de las cuartillas). Uno quiere evitar que le calumnien. No la terrena persona y el mísero honor, sino el pensamiento, la llama perdurable del pensamiento puro. Yo no quiero que me falseen –y me falsifiquen– la dignidad original de mi pensamiento. Esto acaba de hacer conmigo, atribuyéndome algo que no he dicho sobre Gustavo Adolfo Bécquer, un papel de Sevilla, que se lanza al mundo como definición ambiciosa de la «Nueva Poesía».

Me había preguntado Pedro Pérez Clotet –para una indagación de su revista «Isla»– «cómo entendía la posición de la 'nueva literatura' ante el centenario del romanticismo». La tesis de mi contestación era ésta: la «nueva literatura» –entendiendo por «nueva literatura» los tipos literario-rrevolucionarios que se suceden en España a partir de 1898– es consecuencia lógica del espíritu del romanticismo histórico, de su concepción de la intimidad. Ponía como ejemplo el caso romántico actual de la poesía de amor. Línea de amor que tiene de común con la poesía de Bécquer sólo el romanticismo radical, el temblor lírico, el romanticismo prepoemático; pero que somete el tema fundamental becqueriano a una re-elaboración de pureza espiritual y formal.

«Asistimos –decía– en esa manifestación poética del amor a la destilación platónica de Bécquer; la reducción a la simplicidad, a la simpleza química, el aislamiento, la blanca

deshumanización del melancólico Gustavo Adolfo». Estaba pensando al escribir esas líneas en el caso poético-amoroso de Pedro Salinas. Mi posición crítica es clara y transparente. Quien quiera estudiarla detenidamente puede leer mi contestación a la pregunta de «Isla» y mi ensayo publicado en «El Gallo Crisis» con este título, «La decadencia de la flauta». Mas la gracia sevillana de «Nueva Poesía» lo ve todo oscuramente, y levanta falsos testigos, y miente sobre claridades cristalinas de pensamiento. Pasmo de Sevilla, ciudad clásica, de libro eterno y cielo azul andaluz. Vean. Mi juicio sobre la poesía amorosa moderna (Salinas y «el ciclo poético Salinas») es aplicado por los imaginativos sevillanos del papel a la poesía de Bécquer. ¿Cómo voy yo a decir que Bécquer es «platónico» y «poeta deshumanizado»? Aprendan a leer los sevillanos.

El platonismo está en la poesía amorosa que continúa la línea becqueriana, «deshumanizándola» precisamente. Antes de jugar con la «a» o con la «u», se aprende a distinguir elementalmente las letras con la cartilla en la mano. Por no saber leer, los sevillanos me llaman «irresponsable», «ligero», «desconocedor» de Bécquer. Aprendan a leer; aprendan también a comprender –ustedes, que quieren ser poetas– el valor cristalino de los símbolos poéticos.

Yo hablaba de «destilación platónica». El papel dice que «destilación platónica» es algo así como «bombillas educadas». Uno de ustedes, en el papel, habla de «la sonrisa azulada», y yo no me río; tampoco me río cuando el mismo Fulano se codea en una página antológica con Gil Vicente, con Lope, con Miguel de Unamuno. No me río, porque creo en los cristales y en el valor expresivamente milagroso de los símbolos poéticos; porque creo en la fuerza creadora del entusiasmo. Cojan un diccionario. Busquen la función depuradora y quintaesenciadora de la palabra «destilación»; vean que la palabra «platonismo» –aparte de su significación filosófica y estética estricta– representa, en un sentido amplio, una actitud ambiental del espíritu y de la vida.

¿Me dan ustedes permiso para hablar de la «destilación platónica» del becquerianismo, al referirme a la posición espiritual de la poesía amorosa que nace en Bécquer, vive en una maravillosa variación de tonalidades de color en Juan

Ramón Jiménez y se aisla químicamente en las formaciones poéticas posteriores? Aprendan, aprendan eternamente los graciosos sevillanos.

Pero el papel aún nos depara una nueva sorpresa. Yo me consideraba –en la referida contestación a la pregunta de «Isla»– al margen de «la nueva literatura». ¿Por qué? Porque le tenía –y le tengo– miedo a la agudización psicológica que supone «la nueva literatura» y «la nueva poesía».

Pues bien: el papel de Sevilla se atribuye esa posición mía, con palabras casi idénticas, al lanzar pomposamente su manifiesto por «lo puro de la poesía». «Creemos que el superrealismo –dicen– no es sino el romanticismo de escuela llevado a sus consecuencias últimas, la agonía de ese movimiento». Hablaba en mi contestación de los movimientos literarios de conciencia y de subconsciencia. No saben leer; pero cuando leen, inmediatamente falsifican.

La desvergüenza en España.
se ha hecho caballería

le dicen a «El burlador de Sevilla» en la comedia atribuida a Tirso.

Pero basta ya. He querido públicamente denunciar la ausencia de formación criticohumanística de aquellos que se atreven a calificar de «irresponsabilidad» la actitud responsable ajena, que no comprenden porque están ciegos. Ocultándose en el anónimo, desprestigiando la honradez inmaculada del pensamiento, falsificando además. ¿Es acaso de Sevilla el bobo de Coria? Yo les perdono. Cuando pensaba gritar desaforadamente: ¡A mí, que me roban y calumnian!, atenúo la fuerza vital de la cólera, convierto mi voz en quejido, y digo: «¡Una limosna por los pobres cieguecitos de Sevilla!». (3)

Como puede apreciarse, la polémica va cobrando intensidad. Es éste también un texto sumamente esclarecedor respecto al pensamiento y la postura de Sijé en cuanto al romanticismo y la literatura española a partir de la generación del 98. El ensayista oriolano se considera, como él mismo dice, «al mar-

(3) SIJE, Ramón: «Polémica. Saber leer, saber comprender, saber falsificar», «El Sol», Madrid, 10 de noviembre de 1935.

gen» de esa «nueva literatura». Entre las acusaciones que Sijé lanza a los poetas sevillanos está la de haberse apropiado su postura respecto a la poesía surrealista en el manifiesto que estos poetas lanzaron en su primer número. El citado manifiesto es el siguiente:

«HACIA LO PURO DE LA POESIA».

Ha sido una feliz coincidencia que al salir nosotros esté ya en la calle la revista CABALLO VERDE PARA LA POESIA, que explica su actitud en un prefacio titulado «Sobre una poesía sin pureza».

Aprovechamos la ocasión para declarar que nuestra orientación poética es muy distinta de la de CABALLO VERDE. Nosotros queremos ir HACIA LO PURO DE LA POESIA, entendiendo por puro lo limpio, lo acendrado. Y por poetas puros a San Juan de la Cruz, Garcilaso, Fray Luis de León, Bécquer, Juan Ramón Jiménez... (Pudiéramos añadir otros más modernos, recientes). Rechazamos lo impuro, en el sentido de confuso, de caótico. A todo esto oponemos una gran palabra: PRECISION. Nuestra poesía ha de ser –lo pretendemos al menos– poesía de siempre, en una palabra: POESIA, algo que no se define pero que se intuye.

Creemos que el superrealismo no es sino el Romanticismo de escuela llevado a sus consecuencias últimas, la agonía de ese movimiento. Y CABALLO VERDE, uno de los postreros baluartes de una escuela y un estilo que desaparecen.

Aunque con brevedad hemos fijado nuestra posición. De nosotros dependerá el mantenerla». (4).

El manifiesto va firmado por los editores, los tres poetas que cité anteriormente. La redacción de la citada publicación estaba situada en la calle Gravina, número doce, de Sevilla.

El artículo publicado por Sijé en el diario madrileño «El Sol» exacerbó aún más los ánimos y, como réplica al mismo, los poetas de «Nueva Poesía» volvieron con mayor acritud a la carga en su artículo «Saber leer, saber escribir, saber pensar», cuyo agrio y duro contenido es el siguiente:

(4) Cf. «Manifiesto». «Nueva Poesía», núm. 1, Sevilla, octubre, 1935.

«Con la ayuda de todos los diccionarios de todas las bibliotecas de Sevilla, concienzudamente, hemos leído el artículo «Saber leer, saber comprender, saber falsificar», que nos dirige Ramón Sijé desde «El Sol». Con todos los diccionarios a la vista. Sin ellos sería imposible descifrar algunas frases del erudito, humanista y filósofo de Orihuela, de este magnífico gallo en crisis plumífera, que no vacila en atribuirse un pensar «puro», «clarísimo», «cristalino». Y que protesta, patalea, gime, insulta y calumnia, para terminar perdonándonos, sin admitir que no perdona el que quiere, sino el que puede.

Más le hubiera valido callar, reconociendo humildemente su yerro. Nada más fácil para quien «practica constantemente la humildad metódica». Pero ya que se empeña... Por mucho que nos hable el Sr. Sijé –nosotros no llegaremos nunca al chabacanismo que supone el decir «este Fulano»– de «una maduración eterna, manchando de sangre el pensamiento, dejándose dolorosamente en las soledades de la meditación y de las cuartillas»; y trata de ahuecar la voz para «mantener su prestigio de escritor público», y quiera apabullarnos con sus humanidades, todos sabemos que se trata de un mozalbete imberbe, pueblerino (1) y pedantesco, por indigestión de letras; por colmo, malhablado. En cuanto a su profesión, no sabemos si será un Salicio (2) o un aprendiz de jesuíta escapado de alguna novela de Pérez de Ayala.

Con todo esto, más unas cuantas gotas de bilis, cree el Sr. Sijé que no sabemos leer los «graciosos de Sevilla». Meditemos un poco. Calma. ¿Es que nosotros no sabemos leer o es que él no sabe escribir? Unamuno dijo una vez algo parecido a esto (3) «Cuando, a la primera lectura, no entiendo mi escrito, pienso que yo tengo la culpa; leído por segunda vez, dudo. ¿Será del autor?–; a la tercera, creo que la culpa es del que escribe».

Bien podía el Sr. Sijé –que tanto recomienda el diccionario– usarlo menos cuando escribe y pensar con más limpieza. Porque seguimos creyendo –después de varias lecturas con diccionario– que decir «destilación platónica» es tan sucio como decir «bombillas educadas». Más claro: que D. Ramón Sijé –tan amigo de los diccionarios– jugaba un día –el mismo que le solicitó Pérez Clotet– con el de la Aca-

demia Española, y, jugando, lo abrió al azar. Hirió su vista una palabra bullante: «destilación» ¡qué linda!–. Cerró el erudito el grueso tomo, después de manchar con el vocablo la albura de una cuartilla. Y volvió a jugar al «buscapalabras». ¿Cómo resistirse? ¿No iría muy raro el término «destilación» –ya anotado– del brazo de este otro «platónica»? ¡Ya está! «Destilación platónica». Resulta sucio y no diamantino como D. Ramón cree. Tan sucio como «bombillas educadas». –Remitimos al Sr. Sijé al segundo poema publicado en «Nueva Poesía» por Francisco Infantes Florido.

En cuanto a que D. Ramón pensara en «el caso poético amoroso de Pedro Salinas» cuando escribía aquello de: «blanca deshumanización», decimos que resulta tan disparatado como si hubiese estado pensando en Bécquer –como creímos nosotros, no por incapacidad nuestra para la lectura, sino por la falta de nitidez de la prosa «ramonsijeana». Si pensaba en Bécquer, malo; si pensaba en Pedro Salinas, más malo; si ahora el gallo nos saliera agarrándose al Alberti de «Sobre los ángeles», peor, (cuente D. Ramón entre sus lecturas indigeridas «La deshumanización del arte», de Ortega y Gasset).

No le negamos al Sr. Sijé sus latines. Sí, su pretendido diamantino pensar. Su pensamiento es tan caótico, tan confuso, como la poesía superrealista, de la que –oh, paradoja!– abomina.

Aprenda a leer, a pensar el gallo en crisis de Orihuela. Vuelva sobre nuestra «Página Infantil» si supiera llegar, no a la letra, sino al espíritu de lo que es esa página, no diría que en ella «un Fulano se codea con Gil Vicente, con Lope, con Miguel de Unamuno».

El Sr. Sijé precisa esto y no se ríe. Tanto peor para sus secreciones internas, Nosotros, en cambio, nos desternillamos.

Para terminar. El comentario a la encuesta de «Isla» no se hizo «ocultándose en el anónimo», como dice D. Ramón. De igual manera que el artículo de fondo de un periódico, aunque sin firma, no es anónimo, la crítica, el comentario que aparecen en un «papel», vulgo, revista –tampoco lo son; responden a la opinión de quién –o quiénes– lo dirigen. Y nuestra portada habla bien claro: «Juan Ruiz Peña, Luis F.

Pérez Infante y Francisco Infantes Florido editan «NUEVA POESIA».

Un comentario final: «¡A mí, que me roban y me calumnian!» –*iba a cantar el gallo desaforadamente*–. Pero convirtió su voz en quejido: «¡Una limosna para los pobres cieguecitos de Sevilla!». (Entre paréntesis le advertimos que no necesitamos que pida limosna para nosotros, «pobres cieguecitos, bobos de Coria de Sevilla». Pídala, y compre con lo que recoja un diccionario más). Y, en confianza, pianísimo, que nadie se entere –nosotros le guardamos el secreto–: cuando Vd. Don Ramón, «atenuó la fuerza vital de la cólera» –fíjese que ha dicho Vd. «Cólera»–, ¿fue por caridad, por estos «pobres cieguecitos», o porque pensó Vd. –por una vez limpiamente– que no tenía que le robasen?

* * * * *

(1) Sijé habita en Orihuela, la «Oleza» de Gabriel Miró.

(2) «¿Quién te hizo filósofo elocuente siendo pastor de ovejas y de cabras?».

(Garcilaso, Egloga II)

(3) Que nos perdone la falta de precisión, citamos de memoria». (5).

* * * * *

Este artículo, bastante subido de tono, debió herir profundamente a Ramón Sijé.

La polémica tuvo lugar durante los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1935 y finalizó con la muerte de Ramón Sijé en la noche del 24 de diciembre de ese mismo año. Su amigo Miguel Hernández desde Madrid estaba enterado de todo. Prueba de ello es la dolorida carta que, a la muerte de Sijé, dirige a Juan Guerrero y en la cual escribe:

> «Fíjate que me he quedado con una carta escrita para él en la que le hablaba de ese triste asunto de Sevilla.» (6).

---

(5) Cf. «Nueva Poesía», núms. 2-3, noviembre-diciembre, 1935, pág. 12.

(6) CANO BALLESTA, Juan: «La poesía de Miguel Hernández». Segunda edición aumentada. Madrid, Gredos, 1971, pág. 308.

No he encontrado ningún texto escrito más sobre esta polémica, excepto la carta que con fecha 30 de diciembre de 1935, dirigieron los tres poetas sevillanos al padre de Ramón Sijé, don José Marín Garrigós, y que publica Vicente Ramos en su «Miguel Hernández».

> «Queremos comunicarle nuestro sincero dolor, más intenso de lo que a primera vista pudiera suponerse, por haberse dado la circunstancia de que nuestras relaciones con él, exclusivamente literarias y muy cortas, giraron alrededor de una fuerte polémica. Sobre este asunto nos escribió últimamente su malogrado hijo una carta particular, dando por terminada la discusión, lamentándose de la muralla de crueldad que se había levantado ante nosotros y expresando su creencia de que, con un conocimiento personal, desaparecería todo rencor y seríamos francamente amigos. Sentimos mucho no haber contestado a tiempo esta carta. Ha sido así porque uno de nosotros –Ruiz Peña– ha estado en cama, en Jerez –su pueblo–, varios días con un fuerte ataque de asma.» (7).

La carta de la que se habla de Sijé marcaba, pues, por su parte, el final de una cruda polémica que hubo de herir profundamente al ensayista oriolano.

Cuento, finalmente, con el testimonio epistolar de uno de los poetas editores de «Nueva Poesía», Juan Ruiz Peña, que es el siguiente:

> «Formé parte del grupo fundador de «Nueva Poesía», en Sevilla, durante los años 1935 y 1936; concretamente, yo redacté el manifiesto «Hacia lo puro de la poesía», que apareció en el número 1.º, tan mal interpretado después, y que nada tenía que ver con la poesía pura de Paul Valèry. El grupo de poetas era numeroso, casi todos muertos, aún queda uno, y de alta calidad, Antonio Aparicio. Pero, en verdad, los que figurábamos como directores, éramos Luis Pérez Infante y yo; los dos estudiábamos la carrera de Filosofía y Letras y asistíamos juntos a las clases de Literatura Española de Jorge Guillén. El trágico 18 de julio del 36 nos separó y

(7) RAMOS, Vicente: «Miguel Hernández», Madrid, Gredos, 1973, pág. 46.

Luis quedó en Madrid, adonde había ido a opositar, y yo quedé en Jerez, enfermo.

(...) Y vamos con la polémica de «El Sol», del escrito de Sijé, y de la respuesta de los poetas de «Nueva Poesía» en su revista. Lo que motivó la polémica fue una crítica acerba de Pérez Infante a una crítica de Sijé al libro de Pedro Salinas, «La voz a ti debida», en la que Sijé hablaba de amor quintaesenciado e incluso de platonismo, todas estas afirmaciones, hoy comprobamos que eran falsas, y que la amada de Salinas era real y correspondía a un amor entero, de cuerpo y alma. (...) Creo que Sijé gritó como un energúmeno en «El Sol» y que Luis atacó de manera muy dura e incluso insultó a Miguel Hernández con una alusión garcilasesca: «¿Quién te hizo filósofo elocuente / siendo pastor de ovejas y de cabras?». Miguel era tan ajeno e inocente a la polémica, como yo mismo, que no conocí el texto de la contestación hasta que se publicó en la revista, pues yo estaba gravemente enfermo en Jerez. (...) aquella disputa me parecía absurda y de un tono subido, que no era, ni ha sido nunca el mío.» (8).

Y hasta aquí el estudio que he venido desarrollando sobre la polémica de Ramón Sijé con el grupo sevillano de la revista «Nueva Poesía». Espero haber podido contribuir al esclarecimiento de esta faceta, un tanto oscura, en la vida literaria del escritor oriolano, a la investigación de cuya obra estoy entregado.

---

(8) Carta de Juan Ruiz Peña al autor, fechada en Salamanca, 22 de mayo de 1981. Mi agradecimiento al poeta.